

SANGÜESINO, MARINERO VARADO

Cecilio Eseverri Chaverri

Pensar, decir, defender y demostrar que Sangüesa es una pequeño ciudad navarra que siente o haya sentido alguna vez vocación marinera, creo que rayaría en el absurdo. Sangüesa, Navarra, es, como máximo, una tierra dura bañada por ricos veneros fluviales. ¡Y nada más! Pero esto no es óbice, obstáculo o impedimento para saber y recordar que algunos de sus hombres, como yo, marinero en tierra, pescador varado, podamos exclamar:

Si yo fuera marinero
El mar sería mi lecho,
Sus aguas mi refrigerio
Y el cielo azul mi sendero.

¡Ay, si fuera marinero!

De mi infancia guardo el recuerdo de algunos pescadores sangüesinos. Aún tengo metida en mi alma la imagen del señor Fulgencio, del señor Zaro y del “Rey”, remendando sus redes. Allá, en la calle San Miguel. Redes, viejas y siempre rotas, colgando de unos ganchos y clavos, y adosadas a las paredes de las casas. Con lo que se hacía más cómodo el trabajo de remendar. Pedro Belascoain nos informa en uno de sus escritos que en la parroquia de Santiago había otro pescador, del que yo desconozco su existencia.

Marineros o, mejor, pescadores de río, todos de mi vieja calle. ¡Calle San Miguel, pescadora, que no marinera! Madrillas, barbos, carpas, algunas truchas, anguilas, abundantes cangrejos por aquellas fechas y poco más. Estas, hoy, casi fantásticas, ciertamente plásticas, increíbles escenas, me incitan a sentir, a cantar:

Si yo fuera marinero
Guardaría mis arreos
Y los gastados anzuelos
En mi barquillo bermejo.

¡Ay, si fuera marinero!

Hoy que vivo lejos de mi calle San Miguel siento que llevo grabado en la piel de mis recuerdos los nombres de mis viejos amigos y amigas, los juegos de mis tiempos infantiles y de adolescencia. La evocación amical es viva, sangrante parece a veces: los “Malle”, el “Catalán”, los de “Lego”, las hijas del “Rey”, los Gallo, los “Rabosos”, los de “Faré”, los de “Lechuga”, las “Petillanas”, los de “Jobino”, los del “Fraile”, los “Mesoneros”, los de “Cadenas”, los “Montañeses”, los “Chivilis”, los “Manzanos”, los de “Alpargata”, los de Plano, Machín, los de “Isuerre”... y tantos otros.

Todos jugábamos y corríamos despreocupados por aquellas calles y plazas sangüesinas lindantes con la calle San Miguel: la Galería, General los Arcos, la cárcel y sus alrededores, guardada fielmente por el señor Primitivo Díez que era, también, estañador. El juego del Marro, en primavera; la trilla, subir al trillo, en las eras de Santa María y de Luquillas; pisar la paja en los pajares y los baños en la Presa, los Pozancos y Ribalagüa, en verano; a las chapas y carpetas –las chicas a las tabas y botones-, en otoño; al Escondite y a Los Tres Marinos en la Mar, en invierno. También coleccionábamos, por los años 38-39, cromos de aviones de guerra, de los que veíamos cruzar el cielo sangüesino, -por suerte sólo de paso-, Dios sabe a dónde iban o de dónde venían. De los años 41 en adelante nuestras aficiones de coleccionar cromos la cambiamos por la de futbolistas. Y los “tebeos” que entonces leíamos eran, principalmente, el semanal Flechas y Pelayos. Pero lo cierto es que a los mocetes del barrio de la calle San Miguel el río marcaba mucho nuestras vidas y costumbres. De todo este conjunto de cosas me vienen, tal vez, mis ansias marineras:

Si yo fuera marinero
Me marcharía tan lejos
Que sólo la luz y el viento
Tendría por compañeros.

¡Ay, si fuera marinero!

Cuando se ha quedado muy atrás el ecuador de mi vida y me veo caminante sobre rastros, pescador en seco, marinero de tierra adentro, siento en mí la inclinación a seguir mirando hacia atrás y, también, indago siempre mi presente y mi futuro. No me quejo, soy optimista y, en cierta manera, afortunado. Rico en ideales y experiencias de vida. Caminante por muchas tierras, por los continentes, por los mares, por las islas, por el aire... Tan rico me siento de entusiasmos metafísicos, filosóficos, sociales, culturales, incluso especulativos o pretensiosos, como carente de recursos pecuniarios, codiciosos, contradictorios o absurdos.

SANGÜESINO, MARINERO VARADO

La vida es bella, seductora y apasionante, hay que reconocerlo. ¡Aunque sólo tenga en mi Activo Circulante y en el Fijo el pan y el agua diarios, la lluvia, el aire, –el cierzo a veces-, el sol y las estrellas! La vida nos ayuda u obliga a transformar, en ocasiones, los ideales en pensamientos lógicos, convencionales. Por esto escribo mis versos y mis prosas creyéndome, supongo, que:

Si yo fuera marinero
En los arenales secos
Soñaría con recuerdos
De tiempos nunca más vueltos.

¡Ay, si fuera marinero!

Ahora no veo diariamente el mar, como antaño. No siento sus bramidos, sus susurros, sus brisas, su musicalidad permanente y sensual. El mar lo veo algunas veces, también, cuando sobre él, a 10.000 metros de altura y a 900 kilómetros de velocidad-crucero, lo surco en una u otra dirección. Apenas una vez, sólo dos veces, he navegado seriamente por el mar... ¡Y nunca he podido pescar!

Sí, ciertamente, tengo motivos para desear ser marinero. Ahora sólo soy marinero frustrado, un no-marinero. ¡Ya, ni proyecto de marinero! Un verano, hace mucho, crucé el río Aragón, a su paso por Sangüesa, en la “barca de Monrealico”. Esta es mi situación marinera y pescadora: cruzar el río en una barca no-barca. Grotesco.

Demostrado, mi caso es una situación de risa: soy o resulto ser un no-marinero que cruza los ríos, un río y una sola vez, en una barca falsa, en una no-barca. ¡Mira que llamar barca a un simple, simplísimo transbordador aéreo! Pero, aun así, hay que tomarse las cosas en serio y plantearme, si de verdad quiero mantener mi frustrada vocación marinera, y desear sincera y profundamente que:

Si bogando, ¡ay!, fallezco,
Serán mis sepultureros
Los peces, el mar y el cielo.
Y corona mi velero.

¡Ay, si fuera marinero!

* * *

Este redactado es el aporte cultural de un poeta que quiso ser pescador y marinero y que simplemente, profundamente, se ha quedado en sangüesino, marinero varado, pescador en seco. ¡Nada más ni nada menos!